

# LA AURORA DE LA VIDA

SEMANARIO PINTORESCO



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

DEDICADO Á LA INSTRUCCION DE LOS NIÑOS DE AMBOS SEXOS.

CONTIENE

Artículos de Historia , Ciencias y Artes ; Viajes , Leyendas , Cuentos ,  
Máximas morales y religiosas , Fábulas , Poesías , Juegos de Niños , Higiene doméstica ,  
Labores , Modas , etc.

TOMO II.

MADRID.

IMPRENTA DE MIGUEL CAMPO-REDONDO.

*Calle de las Huertas , 42.*

1861.

Ayuntamiento de Madrid

# AYUNTAMIENTO DE MADRID

En el Ayuntamiento de Madrid, a ... de ... de 1873.

Yo, el Sr. ...

Por tanto, se acordó ...

Y para que conste, se firmó en el Ayuntamiento de Madrid, a ... de ... de 1873.

Yo, el Sr. ...

Por tanto, se acordó ...

Y para que conste, se firmó en el Ayuntamiento de Madrid, a ... de ... de 1873.

Yo, el Sr. ...

Por tanto, se acordó ...

Y para que conste, se firmó en el Ayuntamiento de Madrid, a ... de ... de 1873.

Yo, el Sr. ...

Por tanto, se acordó ...

Y para que conste, se firmó en el Ayuntamiento de Madrid, a ... de ... de 1873.

Yo, el Sr. ...

Por tanto, se acordó ...



## INDICE

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

**NUMERO 22.** Introduccion.—La Ambicion (poesia), por doña Antonia Diaz de Lamarque.—Los niños viajeros, por D. José M. de Larrea.—La rueda de la fortuna, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—El don que Dios recompensa, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Episodios Históricos, por don Faustino Bastús.—La vida y la muerte (soneto), por el Baron de Andilla.—Galería de hombres célebres: Ovidio, por D. E. Hernandez.

**GRABADOS.** Vista de Cádiz.—Premios de colegio.—Españoles primitivos.

**NUMERO 23.** Amor filial.—Obligaciones de los hijos para con sus padres, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Al Iris (himno), por D. Antonio Arnao.—Los Niños viajeros, por D. José M. de Larrea.—El Genio, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Collar de Oro, por D. E. Hernandez.—Historia natural: El pavo real, por D. Benigno Doncel.—Juegos de Niños, por D. Emilio de Tamarit.

**GRABADOS.** Vista de Málaga.—Gutenberg.—El pavo real.

**NUMERO 24.** Respeto á los ancianos y mayores, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Aspiraciones religiosas (poesia), por D. Narciso Campillo.—Los Niños viajeros, por D. José M. de Larrea.—Modo de cuidar los pájaros, por doña Carmen Tamarit.—Flatterie et sincérité, por X.—Cendrillon, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Galería de hombres célebres: Virgilio, por D. E. Hernandez.—La señorita Tócalo todo, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Juegos de Niños, por D. Emilio de Tamarit.

**GRABADOS.** Vista de Jerez.—La pajarera.—La Cenicienta.

**NUMERO 25.** Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Cendrillon (continuacion).—Adulacion y sinceridad, por X.—Los Niños viajeros, por D. José M. de Larrea.—La Niña y la Espiga (poesia), por doña María Mendoza de Vives.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Memorias de una Niña, por J. G.—Modas de Niñas.—Los Hotentotes, por D. José S. Biedma.

**GRABADOS.** El salon de baile.—Modelo de crochet.—Modas de niñas.

**NUMERO 26.** Amor fraternal.—Deberes para con los parientes, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Recompensa (poesia), por D. Ignacio Virto.—Los Niños viajeros, por D. José M. de Larrea.—Cendrillon (conclusion).—Caridad, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—¿Quizá no? por D. José S. Biedma.—Modas de Niños.—Juegos de Niños.

**GRABADOS.** La Madrina.—El zapatito de cristal.—Modas de niño.—El oso.

**NUMERO 27.** Eleccion de carrera.—Amor á la ciencia, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Gratitude (poesia), por doña Vicenta Diaz de Lamarque.—Zemira y Azor, por Fernan Caballero.—Aventuras de un millonario, por D. E. Hernandez.—El anciano y el niño, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Galería de Hombres célebres.—Historia natural: La perdiz, por B.—El Pastor.

**GRABADOS.** La corona de oro.—El anciano y el niño.—Perdices.

**NUMERO 28.** Respeto á los maestros, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Los Niños viajeros, por D. José M. de Larrea.—Zemira y Azor (conclusion), por Fernan Caballero.—Aventuras de un millonario (continuacion).—Volver bien por mal, por doña Angela Grassi.—Historia de los Niños célebres: Los hijos de Eduardo, por J. P.

**GRABADOS.** Vista de Palma.—El Jardinero.—Los hijos de Eduardo.

**NUMERO 29.** Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—La Tierra, por B.—La Envidia (fábula), por don J. A. V.—Las siete Maravillas del Mundo: Los Jardines de Babilonia, por D. Juan Cuesta.—Aventuras de un millonario (continuacion).—Viaje á Santander, por L.—Memorias de una Niña (continuacion), por doña Joaquina G. Balmaseda.

**GRABADOS.** La Tierra.—Vista de Santander.—Jardines de Babilonia.

**NUMERO 30.** Amistad, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Rosa y el Caracol (fábula), por don S. de Mobellan.—Viajes: Las islas Canarias, por D. José M. de Larrea.—Volver bien por mal (conclusion), por doña Angela Grassi.—Historia: España cartaginesa, por D. José S. Biedma.—Aventuras de un millonario (continuacion).—La granja, por D. J. Perez.

**GRABADOS.** Vista de Santa Cruz de Tenerife.—Desembarco de los cartagineses en las Baleares.—La granja.

**NUMERO 31.** Amor al prójimo, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Alborada (poesia), por D. Antonio de Trueba.—Historia: España romana, por D. José S. Biedma.—Viajes: Puerto-Rico, por D. José M. de Larrea.—Aventuras de un millonario (continuacion).—Clémentine, por T. H. B.—Necrología: Abdul-Medjid, por J. P.

**GRABADOS.** Muerte de Viriato.—Familia india de la Española descubierta por Colon en 1492.—Abdul-Medjid.

**NUMERO 32.** Beneficencia.—Belleza de la limosna, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Clementina, por A.—Historia: España romana, Numancia, por D. José S. Biedma.—Las siete Maravillas del Mundo: Las Pirámides de Egipto, por D. Juan Cuesta.—Aventuras de un millonario (continuacion).—Ejemplo de amor filial, por D. Federico Criado de los Reyes.—Terencio, por E. B.

**GRABADOS.** Insignias romanas.—Lictor.—Cónsul.—Las pirámides de Egipto.

**NUMERO 33.** Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Memorias de una Niña (continuacion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—Viajes: Isla de Cuba, por D. José M. de Larrea.—La Mariposa (poesia), por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Las siete Maravillas del Mundo: La tumba de Mausoleo, por D. Juan Cuesta.—La Reina de las abejas, por D. José S. Biedma.—El Tiempo, por B.

**GRABADOS.** Castillo del Morro.—Fleco de malla.—La tumba de Mausoleo.

**NUMERO 34.** Buen porte para con los criados y dependientes, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—En un Album (poesia), por D. E. Harzembusch.—El ramo de flores, por doña Angela Grassi.—Enig-



# INDICE.

- ma histórico y geográfico.—Aventuras de un millonario (continuación).—La Granja, por L.—Lope de Vega, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.
- GRABADOS. El ramo de flores.—La comitiva real.—Los jardines de la Granja.
- NUMERO 33. Amor á la patria.—Cariño hácia el hogar, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Trova á un niño (poesía), por D. Antonio Arnao.—Historia: España romana, por D. José S. Biedma.—Explicación del enigma histórico y geográfico, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Aventuras de un millonario (continuación).—El rey de Roma, por don I. Virto.—El juicio de los Muertos.—Juegos de niños, por D. Emilio de Tamarit.—Adivina.
- GRABADOS. Ceremonia nupcial de los romanos.—Strasburgo.—El tío Petit.
- NUMERO 36. Respeto á la mujer, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—La hora de la muerte (poesía), por el Barón de Andilla.—Las siete Maravillas del Mundo: el Faro de Alejandría, por don Juan Cuesta.—Aventuras de un millonario (continuación).—Un día en el Escorial, por D. José M. de Larrea.—La Bola de oro, por D. José S. Biedma.—Mi amiguito, por A. P. M.
- GRABADOS. El Faro de Alejandría.—El Escorial.—Panteón de los Reyes.
- NUMERO 37. Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Memorias de una niña (continuación).—El camino de la vida, por D. Antonio Arnao.—La Pelota y el Libro (fábula), por D. M. Vázquez Taboada.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Las siete Maravillas del Mundo: El coloso de Rodas, por D. Juan Cuesta.—Historia natural: El Apteryx, por D. Benigno Doncel.
- GRABADOS. El Coloso de Rodas.—Modelos de Crochet.—El Apteryx.
- NUMERO 38. Condiciones indispensables para vivir en sociedad, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Una niña al ángel de su guarda (poesía), por doña María del Pilar Sinués de Marco.—Historia: España goda, por D. José S. Biedma.—La divina Pastora, por doña Angela Grassi.—Aventuras de un millonario (continuación).—Jardines para niños, por A. P.—El pobre y el rico, por B.
- GRABADOS. Constantino.—Ataulfo.—Walia.—El fruto vedado.
- NUMERO 39. Condiciones indispensables para vivir en sociedad (conclusión).—Santo deseo (poesía), por D. Rafael Blasco.—La divina Pastora (conclusión).—Los Ferro-carriles, por D. José M. de Larrea.—Aventuras de un millonario (continuación).—El vendedor de tagarninas, por Fernán Caballero.—El tesoro oculto, por B.
- GRABADOS. Estación del Ferro-carril.—Embarcadero.
- NUMERO 40. De la felicidad, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Torre de los Lujanes, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Los Ferro-carriles (continuación).—Aventuras de un millonario (continuación).—La lluvia, por J. G. B.—El gusano de luz, por B.
- GRABADOS. Francisco I en la torre.—Viaducto.—Tren.
- NUMERO 41. Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Memorias de una niña (continuación).—A mi Hijo (poesía), por M. O. de M.—Los Ferro-carriles (continuación).—Aventuras de un millonario (conclusión).—El 2 de Noviembre, por don Antonio Arnao.—La doctora de Alcalá, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.
- GRABADOS. Túnel.—Puente de madera.—El Cementerio.
- NUMERO 42. De la muerte, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Dos Mancebos (Balada), por D. Antonio Arnao.—La Gratitude, por doña Angela Grassi.—Carreras de caballos, por L.—Las Ordenes de Caballería, por D. José S. Biedma.—Juegos de Niños: La cometa, por D. Emilio de Tamarit.—Explicación del figurín de Modas.
- GRABADOS. El cazador.—Carreras de caballos.—Templario.
- NUMERO 43. Orar es un bien, por don A. A.—La Niña y la Mariposa (poesía), por D. E. Hernández.—Historia: España goda, por D. José S. Biedma.—Los Ferro-carriles (continuación).—Las siete Maravillas del Mundo: El Laberinto de Creta, por don Juan Cuesta.—Los tres Consejos, cuento popular, por D. Antonio de Trueba.
- GRABADOS. Alarico.—Doble vía.—Laberinto de Creta.
- NUMERO 44. La Caridad, por doña Rogelia Leon.—Los Recuerdos (poesía), por D. Rafael Blasco.—Historia: España goda, por D. José S. Biedma.—Los Ferro-carriles (conclusión), por D. José M. de Larrea.—El protector desconocido, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Los Tres Consejos (continuación).—Por falta de un clavo, por B.
- GRABADOS. Ágila.—Leovigildo.—Paso de un convoy sobre un puente.
- NUMERO 45. Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Memorias de una niña (continuación).—Historia: España goda, por D. José S. Biedma.—Los Tres Consejos (conclusión).—La Tempestad.—El Sol y el Viento.—Herman y Dorotea, por D. P. de V.—El poder de la amistad, por D. Cayetano Vidal y de Valenciano.—Los Sentidos.
- GRABADOS. Recaredo.—Sisebuto.—Herman y Dorotea.
- NUMERO 46. El Invierno, por D. Pedro de Vera.—El nido, por don Antonio Arnao.—Historia: España goda, por D. José S. Biedma.—Estrellas y Luceros (Balada), por doña María del Pilar Sinués de Marco.—La Avaricia, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Corred despacio.
- GRABADOS. El Invierno.—Wamba.—Witiza.
- NUMERO 47. Las escuelas orientales, por L.—El nido (continuación).—Historia: España goda, por D. José S. Biedma.—Las Flores, por D. E. Hernández.—La varita maravillosa, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Los manjares mas saludables.
- GRABADOS. Escuela turca.—D. Rodrigo.—Batalla de Guadalete.
- NUMERO 48. Nochebuena, por D. José S. Biedma.—El nido (conclusión).—La piel de castor, por doña Angela Grassi.—El perro fiel, por B.—El Juicio de Dios, por doña Joaquina G. Balmaseda.—El Templo de Salomón, por D. Juan Cuesta.
- GRABADOS. El Fratricida.—El Duelo.
- NUMERO 49. Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—El recién nacido (Villancico), por don Antonio Arnao.—Las siete Maravillas del mundo: El Templo de Diana, por D. Juan Cuesta.—La Torre de los Ratones, por B.—Memorias de una niña (conclusión), por doña Joaquina G. Balmaseda.
- GRABADOS. El Templo de Diana.—La Cascada del Rhin.



Reg 650  
BIBLIOTHECA  
MUNICIPAL  
MADRID



8 de Junio de 1861.

**SUMARIO.** ARTICULOS.—Introduccion.—La Ambicion [ poesia ], por doña Antonia Diaz de Lamarque.—Los niños viajeros, por don José M. de Larrea.—La Rueda de la fortuna, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—El don que Dios recompensa, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Episodios Históricos, por don Faustino Bastús.—La vida y la muerte [soneto], por el Baron de Andilla.—Galeria de hombres célebres: Ovidio, por don E. Hernandez.

**GRABADOS.** Cabecera.—Vista de Cádiz.—Premios de colegio.—Españoles primitivos.

## SEGUNDA ÉPOCA.

### INTRODUCCION.

**P**UESTOS los ojos en la noble mira de ilustrar á los niños que convertidos un dia en hombres se diseminan por la sociedad y le imprimen direccion, comenzamos hace siete meses esta publicacion pintoresca; no perdonando esfuerzo alguno para que los medios empleados correspondiesen á lo elevado del fin. Si hemos andado por buen camino; si hemos realizado el propósito de *instruir deleitando* que fué nuestro lema, díganlo el tomo dado á luz hasta el presente, y las muchas familias en cuyo ho-

*Tomo II.*

gar es acogida nuestra publicacion, como se acoge á un amigo verdadero.

Hoy entra LA AURORA DE LA VIDA en un nuevo período de su existencia, período de mayor vitalidad, porque á los elementos fecundos que antes proveian á su subsistencia, otros nuevos se reunen que la sostendrán indefinidamente y que tratarán de contribuir á su mejora progresiva. Por lo demás, igual será su objeto en esta *Segunda Epoca*; á saber, proporcionar á los niños de ambos sexos una educacion sólida, católica, amena; brindar á las madres, esos sacerdotes domésticos del género humano, útiles consejos de que puedan aprovecharse en bien de sus hijos; y depositar en el seno de la familia un libro que contribuya con variadas

Núm. 22.



lecturas á disipar las nubes que á veces aparecen en su horizonte.

La mayoría de los conocimientos humanos, tendrá su manifestacion adecuada en LA AURORA DE LA VIDA. La religion que nos enseña cómo debemos adorar á Dios y amar á nuestro prójimo; la historia, maestra de lo pasado y enseñanza adelantada de lo porvenir; la filosofía que nos hace escudriñar el mundo del espíritu; las ciencias físicas que nos descubren los arcanos del globo; las bellas artes que reproduciendo la belleza, suavizan la vida; la amena literatura que con sus cuentos y leyendas explaya el ánimo, disponiéndole á estudios más serios; el arte de los juegos que ejercitando la actividad de los niños prepara sus fuerzas para la práctica de una gimnasia higiénica; todo lo que contribuya al adelanto físico, moral, é intelectual de los primeros años, todo será auxiliar de nuestros deseos. Para verlos cumplidos emplearemos la forma más sencilla y natural, pues de otro modo no quedarían impresas nuestras palabras en las imagines infantiles.

Consagrado este periódico muy particularmente, aunque no de un modo directo al parecer, á las madres de familia, no nos era dádolo olvidar la interesante materia de labores y bordados. Dedicáremosle por dicha razon artículos especiales, pensados y escritos con tal claridad y precision que tengan una aplicacion fácil y segura.

LA AURORA DE LA VIDA aumenta sus condiciones de estabilidad, pues á las que ya contaba, se debe añadir que pertenece desde hoy á la empresa que hace tantos años publica el acreditado *Correo de la Moda*, y no pocos la *Educacion Pintoresca*; y sabido es de todos la formalidad con que dicha empresa cumple lo que promete. Por lo que hace á la redaccion la habrá que supere todas las necesidades, pues desde hoy formarán una sola las de las tres publicaciones mencionadas.

Hemos expuesto con verdad nuestro pensamiento y los medios de que disponemos. Sólo repetiremos para concluir que nos anima un

sincero deseo de coadyuvar de un modo suave y atractivo á la ilustracion de la niñez.

LA REDACCION.

### LA AMBICION.

Maravilla, flor galana  
Que al son del aura te meces,  
¿Dónde caminas ufana  
Que ya tan alta apareces?

Tú que modesta naciste  
Bajo el fresco limonero,  
Y en sus brazos estendiste  
Tu suelto tallo lijero;

¿Ahora por ventura dejas  
Ese tu asiento seguro,  
Y de él esquivas te alejas  
Trepando al alzado muro?

¡Ah! sí, que buscas inquieta  
Nuevo espacio y alegría:  
¿Y qué poder te sujeta  
Si la ambicion es tu guía?

Del sol á la lumbre pura  
Mostrar quieres tus colores,  
Que anhelas en tu locura  
Envidia ser de las flores.

Ya mas que alguna admirada  
Tu altiva frente se eleva,  
¿Mas sabes flor desdichada  
Adónde tu afán te lleva?

Ay! que apenas la divina  
Mirada del sol te hiere,  
Tu débil cáliz se inclina  
Y humilde y lánguido muere.

Su vivo esplendor te asombra  
Pues jamás lo contemplaste:  
Flor que naciste á la sombra,  
¿Por qué tanta luz buscaste?

Ya en vez de las alabanzas  
Con que soñabas un día,  
De las flores solo alcanzas  
Risa de desden impía.

Frescas hojas de esmeraldas  
Ya no ostentas arrogante,  
Que marchitas tus guirnaldas  
Mofa son del éuro errante.



Ay! ya sin vida en la alfombra  
Del blando césped caiste.....  
¿ Por qué dejaste la sombra  
Donde dichosa naciste?

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

## LOS NIÑOS VIAJEROS.

DE SEVILLA Á CÁDIZ.

Nada quedaba ya que ver en Sevilla: edificios públicos, museos, teatros, puente sobre el Guadalquivir, y hasta las obras del ferro-carril de cintura, que se está construyendo para unir la vía férrea de Córdoba á Sevilla con la de esta ciudad á Cádiz, todo lo habian visto ya los dos niños, y sus padres resolvieron trasladarse con ellos á la poblacion últimamente citada.

Son las siete de la mañana y nuestros viajeros salen en un tren de la estacion de Sevilla. Carlota, á quien Enrique ha contado sus viajes anteriores, desea á su vez saberlo todo y hace mil preguntas á su padre; pero como el buen D. Claudio se habia ocupado siempre mas de darse buena vida que de estudiar, se veia muy embarazado para satisfacer la curiosidad de su hija. Afortunadamente D. Manuel le sacó delicadamente de su confusion ofreciéndose á nombrar á los niños todas las poblaciones por donde atraviesa el camino de hierro.

—La villa que hemos ya dejado atrás, les dijo, se llama las *Dos Hermanas*, y esta á que ahora llegamos, situada, como veis, en una llanura poblada de árboles, es *Utrera*; despues pasaremos por la *Venta de las Alcantarillas*, donde tambien hay estacion; por *Las Cabezas*, donde hay un castillo; por *Lebrija*, cuyo terreno es muy fértil; por *Casas del Cuervo*; por *Jerez de la Frontera*, hermosa ciudad sobre el Guadalete, nombrada por sus esquisitos vinos, con hermosos campos y dehesas; por el *Puerto de Santa María*, ciudad sobre el mismo rio Guadalete, con un puente colgante, y hermosos paseos; por *Puerto Real*, donde hay

muchas salinas, y finalmente por *San Fernando*, ciudad donde se halla el célebre observatorio astronómico, situado en la isla de Leon. Quince kilómetros despues llegaremos á Cádiz.

—¿Y á cuántas leguas estaremos entonces de Madrid? preguntó Enrique.

—A ciento veinte y una, ó seiscientos setenta y dos kilómetros, y de Sevilla á Cádiz hay ciento cincuenta y tres kilómetros, que recorreremos en poco mas de cuatro horas y media.

Hízose en efecto el viaje conforme D. Manuel habia explicado, y los niños, despues de haber admirado desde el mismo wagon la magnífica vista de la bahía, poblada de buques de todas las naciones, llegaron á Cádiz.

—Qué hermosa ciudad! exclamaron á un tiempo Carlota y Enrique.

—Es la mas linda de Andalucía, dijo don Manuel. Reparad qué bien situada está en el extremo de una legua de tierra á la parte Norte de la isla, sobre las mismas peñas que bate el mar con sus espumosas olas. Ved sus excelentes fortificaciones, sus murallas de veinte y un piés de espesor con sus baluartes; sus puertas, que son cinco, y en cada una de las cuales hay un muelle de embarco y desembarco; ved allí el castillo de Santa Catalina, sobre un arrecife, y á este otro lado el de San Sebastian, y decidme si todo esto no constituye una vista pintoresca.

—¡Pues á la verdad que teneis razon! interrumpió D. Claudio; pero lo extraño es que yo estuve cuando jóven bastante tiempo en Cádiz y nunca reparé en nada de esto. Entraba y salia sin cuidarme de cuantas puertas habia, ni.....

—Es que no basta viajar, contestó D. Manuel, es preciso observar.

Dentro ya de Cádiz, vieron sus calles bien empedradas y limpias, aunque no muy anchas, y sus casas, terminadas por azoteas, y tan parecidas las unas á las otras, que los forasteros las confunden.

Fueron á parar á la excelente fonda de Cádiz, en la plaza de la Constitucion; y por la tarde recorrieron parte de la poblacion, viendo la *plaza de San Antonio*, que forma un cua-



drado, aunque no perfecto, enlosado, con árboles y asientos; la de *San Fernando*, con soportales; la de *la Cruz de la Verdad*, que es un paseo; la *del General Mina*, de muy buena vista, y la *de Abastos*, con una columnita de orden dórico.

Al día siguiente fueron á ver *la catedral*, llamada *nueva*, que se empezó á construir en 1722.

—Esta vez, dijo Enrique, que llevaba una

Despues fueron á visitar *la catedral antigua*, de fachada regular, aunque de poca altura, con varias estatuas. El interior es de tres naves, separadas por columnas; el coro en medio y retablos de escaso mérito.

En la iglesia de *San Felipe Neri*, de planta oval, con pilastras jónicas, y que, aunque pequeña, es una de las mejores de Cádiz, vieron una excelente Concepcion de Murillo.

Despues vieron la cárcel, de aspecto im-



Cádiz.

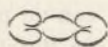
*Guia de Cádiz*, voy á ser yo *El Cicerone*. Esa hermosa fachada que veis, con tres puertas y pilastras jónicas y corintias, tiene sesenta y cinco piés geométricos de elevacion, y las torres doscientos siete piés de altura cada una. La iglesia en que ahora estamos, toda de mármol blanco hasta la altura de los capiteles, tiene tres naves y quince capillas y todas las columnas de la iglesia son ciento cincuenta y una.

—Con todos esos minuciosos detalles, le interrumpió D. Manuel, te olvidas de decirnos que este templo tiene notables defectos artísticos, entre otros la pequeñez de la cúpula; pero que, sin embargo, es muy rico en mármoles y jaspes, y tiene algunos cuadros de mérito.

ponente y noble; la *Aduana*, edificio de buenas proporciones; el *Hospicio*, muy grande, de piedra de sillería, y la casa llamada *de Gar-gollo*, con una fachada muy caprichosa.

Visto todo esto, empezaron á recorrer los teatros, que á la sazón se hallaban abiertos el *Principal* y el *del Balon*, y las reuniones de la buena sociedad, donde tuvieron ocasion de apreciar el finísimo trato de que se disfruta en Cádiz.

JOSÉ M. DE LARREA.





## LA RUEDA DE LA FORTUNA.

Entre las educandas del colegio de huérfanas de militares fundado en Ecouen por el emperador Napoleon, y dirigido por Mdma. Campan, distinguíanse tres hermosas jóvenes, las mas bellas, las mas simpáticas, y las que mas unidas estaban por los dulces lazos de una amistad sincera y desinteresada.

Estas tres amigas se llamaban María, Clara y Hortensia.

Educadas en las ideas reinantes, en aquella época en que se proclamaban incesantemente los principios de igualdad, no se hacía en el colegio de Md. Campan la menor distincion de clase, y la fraternidad que allí reinaba era para causar envidia á los mas acrisolados republicanos.

María era hija de un pobre alferez, ciego de una descarga en las orillas del Rhin; Clara, hija de un general que Napoleon habia convertido en príncipe, y Hortensia, hija tambien de otro general tan ilustre por su valor como por los títulos y timbres de su familia.

En la época de los premios anuales, las tres amigas estaban siempre seguras de ser llamadas las primeras para recibir la corona, dando con eso su amistad mayor envidia á las que no podian igualarlas ni en inteligencia ni en sentimientos.

La amistad de las tres amigas se aumentaba con los años, y el dia en que una de ellas se vió obligada á dejar el colegio, fué el dia mas amargo que vieron lucir entre los tilos de Ecouen las jóvenes pensionistas,

La que salia era María, la mas pobre, la hija del alferez ciego, que iba á consagrar su vida entera al cuidado del pobre enfermo que se habia quedado viudo.

—Juremos, exclamó Clara tomando de la mano á sus dos amigas, que sea cual fuere nuestro destino, nos reuniremos dentro de diez años en la verja de las Tullerías!

—Lo juro, respondió la tímida Hortensia, sonriendo con la dulzura de los ángeles; diez años á contar desde este momento.... ¿lo cumplireis?

—Pues qué! ¿te atreves á dudarlo, Hortensia? exclamaron á la vez sus dos compañeras.

Pero Hortensia por toda respuesta llamó á uno de los jardineros que cruzaban el jardin.

—Jorge, le dijo con solemnidad, ven á ser testigo de este sencillo juramento. María, Clara y yo, hemos

prometido encontrarnos de hoy en diez años, á las seis de la tarde, en la verja de las Tullerías.

María salió aquel mismo dia de Ecouen, y Clara dos meses despues para casarse, permaneciendo Hortensia casi otro año aun en compañía de Mdma. Campan.

Diez años son un soplo para los dichosos, y si Clara, esposa de uno de los banqueros mas acaudalados de Europa, se lanzó al revuelto mar de los goces materiales del lujo y el despilfarro, sin freno ni medida; Hortensia, la ilustre dama, la preferida del emperador, no veia en derredor suyo nada mas que esclavos, que se esforzaban en adivinar su voluntad.

Los diez años se pasaron al fin; el reló de las Tullerías dió las seis y no se divisaba en la verja una sola persona. ¿Quién fia ya en amistad?



Premios de Colegio.



Pero el camino se cubre de polvo, un gran carruaje, arrastrado por cuatro caballos, entra por la verja, y el lacayo, desplegando un estribo guarnecido de oro, aguarda que baje una graciosa joven ricamente vestida, que va mirando á todas partes con inquietud.

Aquella gran señora era María; María, á la que la restauracion habia devuelto los bienes que la revolucion le confiscara.

Una mujer aseada, pero que revelaba en su traje una decorosa miseria, se acerca á María, y despues de contemplarla algunos momentos con indecision, se arroja en sus brazos derramando un torrente de lágrimas.

Era Clara.

Clara, la hija del príncipe, se encontraba arruinada, pero arruinada hasta la miseria. Su marido, despues de una vergonzosa quiebra, se habia fugado á Inglaterra, dejándola completamente abandonada.

—Ven la dijo María, estrechándola tiernamente contra su corazon; no me abandones jamás; en el colegio tú eras la rica y me amabas, ahora me toca á mí recordarte la fraternidad de Ecouen.

—¿Y Hortensia? esclamaron á la vez las dos amigas.

—¿Sabes qué ha sido de ella? preguntó María exhalando un suspiro.

—¿Sabes lo que es ahora? añadió Clara, dejando correr una lágrima de sus hermosos ojos.

En aquellos diez años María se habia vuelto rica, Clara no tenia un pedazo de pan que llevar á la boca, y Hortensia lloraba en Alemania su penoso destierro.

En el momento en que las dos amigas iban á subir al carruaje, salió de entre los árboles del jardín el anciano Jorge testigo diez años antes de aquel amistoso juramento.

—¡Señorita María, señorita Clara! les dijo con la misma familiaridad que si fuesen todavía pensionistas, aquí teneis el recuerdo de vuestra pobre amiga.

Las dos jóvenes abrieron apresuradamente la cajita que habia puesto en las manos de ambas el anciano Jorge.

En la caja de María se encontraba la mitad de la corona de Hortensia, reina de Holanda, y madre del que es hoy emperador de los franceses, y en la de Clara la otra mitad.—(Arreglo.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## EL DON QUE DIOS RECOMPENSA.

En uno de los pueblecillos que rodean á Madrid, y que por sus hermosas alamedas, bien organizados baños y alegres campiñas, tienen el privilegio de llevarse á muchos de los habitantes de la corte en los meses de verano, se hallaban reunidas hace algunos años veinte ó treinta familias, que por aquellas mezquinas casas dejaban gustosas las suntuosas que ocupaban en la corte, con tal de cambiar al mismo tiempo el ambiente sofocante de Madrid por el fresco y saludable de un lugar de pocos vecinos.

Este corto número de familias que al dirigirse á un pueblo pensaban prescindir por algun tiempo de la sociedad, acabaron por formarla entre sí, y tan estrecha, que en ella sacrificaban los mas su propia comodidad al capricho de los menos, perdiendo por un pequeño número de personas la independencia individual que solo se disfruta en las grandes ciudades.

En efecto, en la que nos ocupa, como en todas las expediciones veraniegas, si á ella concurren cien individuos, impera una sola voluntad: á la mas leve indicacion de un almuerzo al aire libre, todos deben sentir apetito; á la mas pequeña frase de contemplar la salida del sol, todos deben dejar su lecho con estrellas, y ante la idea de que el sol que se recibe en Madrid es el único que abrasa, deben atravesar los valles en mitad del día si alguno desea visitar un ruinoso recuerdo histórico. Pero no importa: para eso el verano no llega mas que cada año una vez, y luego los expedicionarios tienen la ventaja de volver á Madrid ponderando la independencia que se disfruta fuera de la corte.

Pues bien, en el pueblecillo de.... (el nom-



bre no hace á la cosa, como dicen los franceses) entre la reducida sociedad madrileña que le habitaba, confundiéndose apenas con los naturales del pueblo, y algun otro individuo del mismo, tuvo lugar el hecho que me contó, yo no sé quién, y que voy á referir tal como mi mente lo recuerda.

Era el crepúsculo de una hermosa tarde del mes de Julio, esa hora llena de misterios y armonías, en que las brisas de la noche comienzan á suceder al calor del día; en que una luz indecisa baña el campo de melancólica dulzura, y en que las flores exhalan sus mas dulces perfumes y las aves sus mas cadenciosos gorjeos.

Sin cuidarse del pintoresco cuadro que la naturaleza les ofrecia, una alegre turba de personas de diferentes sexos y edades, regresaba al pueblo despues de una placentera escursion, acompañada de la indispensable merienda, cuyos restos aun atestiguaban algunas cestas que se veian en manos de unas cuantas lugareñas.

Tan pronto la conversacion era general, tan pronto se cortaba en secciones, tan pronto era una espantosa confusion, donde solo se oian palabras incoherentes y gritos de alborozo, motivados por las carreras y saltos de los mas jóvenes de la reunion. Solo en un grupo de tres ó cuatro personas parecia discutirse mas seriamente, sin prestar atencion á la alegria general. El grupo le componian un hombre de unos cuarenta años, que pasaba por el filósofo de la reunion, una anciana venerable que educaba á sus dos hijas en la verdadera religion y temor de Dios, una muchacha frívola y ligera de elevada cuna, que por una de esas casualidades inexplicables tomaba parte en la conversacion, y dos ó tres curiosos que observaban en silencio, entre ellos una linda lugareña como de unos quince años, llamada Inés, que con su cesta en el brazo escuchaba atentamente.

—Siempre descreido! exclamaba doña Petra.

—Siempre observador! repuso con acento enfático el filósofo. Los beneficios no producen mas que indiferentes ó ingratos.

—Y eso qué importa! añadía doña Petra. Un beneficio no debe hacerse por recoger el

agradecimiento, porque entonces va mezclado á un sentimiento de egoismo. El bien no necesita mas recompensa que la satisfaccion de hacerle, y la caridad es la llave que abre las puertas del cielo.

—Eso me repite mi aya sin cesar, repuso Enriqueta con volubilidad, y yo que la creo ciegameamente, doy cuanto puedo á los pobres, bien en las rifas de beneficencia, bien en las cuestaciones de la condesa de C., y jamás se anuncia un beneficio en el Teatro Real, sin que tomemos en casa una de las localidades mas caras. Como dice mi aya, todo para los pobres, y diciendo esto corrió adonde la llamaban sus compañeras.

Doña Petra no pudo disimular una sonrisa, y D. Jacinto el filósofo exclamó:

—Vé Vd.? Todos los beneficios son hijos de la vanidad ó de un compromiso del momento!

—Por fortuna no todas las obras de caridad son así, ni esas son las que satisfacen el corazon y que Dios recompensa.

—Dice bien, exclamó para sí Inesilla, separándose á una respetuosa distancia.

Poco trecho habian avanzado, cuando á la entrada del pueblo y á un lado del camino, vieron casi tendido un soldado joven, de aspecto miserable y rostro macilento, cuyas fuerzas parecian agotadas por el cansancio.

Algunos hombres se llegaron hasta él, las señoras le miraron desde lejos con aire compasivo, y doña Petra se acercó á preguntarle qué tenia.

—Hambre, cansancio, respondió el soldado; pero no es eso lo que me atormenta, es que mi madre se está muriendo y no podré llegar á recibir su bendicion.

—¿Dónde está su madre de Vd.?

—En T... legua y media de aquí, y al decir esto un suspiro doloroso se escapó de su pecho.

Doña Petra le dió algunas monedas, Enriqueta, abriéndose paso sacó de su elegante portamonedas una de oro, que dejó caer en la mano del pobre sin mirarle, y todos los demás, *comprometidos* por este ejemplo, registraron



sus bolsillos, y los que no habian olvidado el dinero otorgaron su dón al infeliz.

—Gracias, gracias, replicaba el soldado.

—Pobrecillo, murmuró doña Petra al dejarle.

—Con todas esas monedas, añadió D. Jacinto, no acortan Vds. la distancia que le separa de su madre.

—Creo que con ellas, añadió con altanería Enriqueta, podrá pagar un carruaje que le lleve.

Todos la miraron con estrañeza, porque ni en el pueblo habia carruajes, ni se podia disponer de las caballerías ocupadas en los trabajos del campo.

—¡Pues es verdad! dijo para sí Inesilla: ¿qué va á hacer con tanto dinero si no puede andar ni tiene quién le lleve?

Y el incidente acabó sin mas que volver á repetir sus palabras consabidas D. Jacinto:

—¡Los beneficios, siempre son hijos de la vanidad!

La campana de la iglesia tocaba á las ánimas cuando por una de las salidas del pueblo una sombra parecia dirigirse al campo. Con paso firme, tomó el camino que por la tarde habia llevado la alegre turba, buscó á corta distancia un bulto tendido en el suelo, y al apercibirle, exclamó la sombra, que tenia una voz fresca y argentina como una muchacha de quince años:

—Eh! señor militar, ¿qué hace Vd. aquí todavía?

—Esperar con serenidad la muerte, porque la fiebre me abrasa, y las heridas de mis pies, abiertas de nuevo, no me permiten dar un paso.

—¿Y no va Vd. á ver á su madre? ¡Qué diantre! Anímese Vd... para algo le han dado á usted esta tarde todo ese dinero.

—Para nada me sirve, porque no puedo moverme de aquí.

—Vaya, le traigo á Vd. un poco de carne asada que me dieron de la merienda de esta tarde y un poco de vino: coma Vd., y á la madrugada se encontrará mas fuerte.

—Gracias, hermosa niña, pero mas que el

alimento, te agradecería que me buscáras quien me llevase junto á mi madre.

—¡Ay! eso no podrá ser, en este pueblo no hay arrieros.

—Pues bien, una caballería, por la que pagaré todo cuanto me han dado.

—Tampoco: las caballerías están todas ocupadas en las eras.

—Entonces déjame morir.

—Eso no: verá Vd. lo que haremos. Mañana es jueves, día en que yo voy á buscar la fruta y la verdura á dos leguas de aquí, y paso muy cerca de su pueblo de Vd. Vendré á buscarle, se monta Vd. en mi borrica, y andando...

—No llevas mas que una?

—¡Y gracias! En ella vamos el seron y yo.

—¿Y entonces?

—Nada mas fácil: el seron y Vd. irán esta vez en la borrica, y yo, que ni estoy mala ni mi madre se muere, gracias á Dios, iré á pié.

Reñido fué el altercado entre el soldado y la muchacha, por no querer él que Inés caminase á pié, pero al fin cedió, y al rayar el alba Inés salia de casa de sus amos, ricos labradores, con su borriquilla, en la que se montó Juan, que así se llamaba el pobre soldado, que recién salido del hospital, donde le dieron su licencia absoluta en premio de las heridas recibidas en la última guerra, se dirigia sin recursos á recibir el último suspiro de su madre.

Inés dejó al herido á la entrada de su aldea, sin querer recibir ninguna de las monedas que Juan le daba, y diciendo:

—Guárdelas Vd. para cuidar á su madre, montó en la borrica y siguió su camino cantando una copla.

El soldado la siguió con la vista, y cuando la vió perderse en un recodo del camino, dos lágrimas rodaron por sus tostadas mejillas, lágrimas de gratitud que hubieran valido para la jóven si hubiera podido verlas por la mas preciada de las recompensas.

Pasaron algunos meses, y en el de Julio del siguiente año, en el mismo pueblo donde comenzó esta historia, estaban reunidas las mis-



mas familias del año anterior, que volvieron con sus mismos defectos y preocupaciones.

Una tarde en que una pequeña tempestad tenia reunidos á todos los bañistas en el salon de la casa de baños, por ser el local mas espacioso del pueblo, se oyó esclamar á doña Petra:

—¿Ve Vd. cómo yo decia bien? señor filósofo.

—Pero eso no prueba... repuso D. Jacinto.

—Prueba que no siempre los beneficios dan en ingratos, y que los emanados del alma son siempre recompensados por Dios.

—¿De qué se trata? dijeron algunos.

—De Inesilla, repuso doña Petra.

—¡Ah! dijeron algunos con frialdad.

—¡Con qué tan bien casada! repusieron otros.

—Tan bien como merecia, añadió doña Petra. Ella, que entre tantos como presenciámos la desgracia del pobre Juan, fué la única que se compadeció desinteresadamente, y le condujo á su pueblo para que llegase á tiempo de acudir á su madre y salvarla de la muerte; nada mas natural que hoy que Juan curado de sus heridas, es uno de los mozos que mas valen en el pueblo, por ser el mas instruido, gracias al tiempo que ha servido en el ejército, la haya tomado por mujer.

—Con qué ya se han casado! repuso Enriqueta con desden.

—El domingo: y la madre de Juan lloraba de alegría al abrazar á quien hace un año le devolvió un hijo, siendo hoy otra hija para ella. Sin Inés, madre é hijo hubieran perecido.

—Perdone Vd., yo creo que si se salvó su madre fué por los recursos que aquí se le dieron.

—Recursos que no hubieran llegado á la enferma sin Inés.

—Bien, pero me parece que todos contribuimos...

—Sí, algo: todos arrojamos nuestro óbolo en la mano del pobre, pero los que lo hicimos por *vanidad*, quedamos recompensados en el momento en que nos vieron los demás; los que por *compromiso*, en el hecho de salir de él; los que como Inés, lo hicieron por servir á Dios y

á su prójimo, cuando no podian tener noticia de aquel beneficio, mas que el que lo recibia y Dios, á quien nada se oculta. Era digna de una recompensa que Dios le ha otorgado. El don que emana del alma sin pensar en elogios ni en pago, es el solo don agradable á los ojos de Dios.

Nadie replicó, porque á todos una voz secreta del alma les decia, que Inés era digna de la fortuna que Dios le deparaba; que el premio es siempre análogo al beneficio; y que el que bien obra, por la sola satisfaccion de su conciencia, es el que merece la recompensa de Dios.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

## EPISODIOS HISTÓRICOS.

### ESPAÑOLES PRIMITIVOS.

#### I.

No hay pueblo que no pretenda tener su origen en un hecho sobrenatural; que no crea proceder de la divinidad; que no asiente su cuna en un *mito* ó fábula mas ó menos fantástica, segun la localidad que ocupa en la esfera y la influencia que ejerce el clima en su imaginacion, y que no cuente su existencia por miles de años.

¡Vanidad del hombre que nada respeta y todo lo avasalla, como si la divinidad en aquellos tiempos no estuviese encerrada en su inescrutable arcano, y se bajase á compartir con el hombre el poder de que está revestida!

Pero la exageracion, rico manto con que cubre el hombre sus perecederas obras para darlas un reflejo de la divinidad, que en vano intenta manosear, descubre trás la fantasía el hecho natural, y guía á la razon á fijarse en los dos términos de que consta: natural y poético.

El primero es el hecho descarnado, la verdad; el segundo el *mito* con que está vestido para presentarle con mas vivos y agradables colores.

La fábula atribuye la fundacion de España



á Hércules y á la ninfa Pirene, sin otra razon que la espuesta, y quizás, porque los primeros civilizadores de esta península vinieron por las columnas de su nombre.

Este origen, fabuloso, solo debe ocupar una página de la Mitología.

## II.

Conformes en la opinion de que los primeros civilizadores de la península española fue-

y los importados del lejano Oriente, á las tierras costaneras y á las islas del Mediterráneo.

Amantes del tráfico, ávidos de riquezas, con disposicion natural para las artes y denodado arrojo para surcar los mares, vieron sobre las columnas de Hércules—Gibraltar—un cielo purísimo, una atmósfera ligera, y comprendiendo que ese cielo debia corresponder á un suelo feraz, avanzaron sin temor hácia él, pasaron el Estrecho de Gibraltar, y abordaron en el punto que denominaron *Gades* ó Cádiz.



Españoles primitivos.

ron los fenicios, y dejando para los críticos indagar si fué Tubal, biznieto de Noé, ú otro—que para mayor confusion han querido entrever algunos historiadores sin aducir pruebas, ni darnos su nombre—debemos admitir como primeros pobladores de España á los fenicios.

## III.

En ligeros barcos, quizás troncos vaciados, abandonados sin recelo y confianza á las turbulentas aguas del Mediterráneo, zarpaban del espacio que media entre este mar y el Libano, unos arrojados marinos á vender sus productos

Su arrojo fué sobradamente recompensado: la tierra que descubrian ofrecia vasto campo á sus deseos; la temperatura suave, la atmósfera ligera, el cielo de purísimo azul, bosques frondosos con elevados y corpulentos troncos, rios de abundantes, tranquilas y plateadas aguas, y metales preciosos y con abundancia, casi á la faz del suelo, eran elementos apropiados al clima de que procedian, y ofrecian crecida remuneracion al tráfico á que se dedicaban, para que se fijasen gustosos en este delicioso pais, y que tan á su pesar le abandonasen.



## IV.

Los fenicios son los primeros marinos que registra la historia.

Dueños sin oposicion de la rica península, que mas tarde se denominó *Ibérica*, y que debia estar habitada al abordar en sus playas los fenicios, fué disputada con empeño y dominada breve tiempo por los Cartagineses y Romanos, atraídos por la fama de su riqueza, que era proverbial y ensalzada en todo el orbe.

Los fenicios estendieron su comercio por las costas de la Bética, y creése dieron á los naturales su lengua, su religion y sus costumbres; lengua, costumbres y religion que nos son desconocidas, si es que la tuvieron antes del siglo XV de la era vulgar, en que se fija su venida á la península española.

## V.

La España debe indudablemente su civilizacion á los intrépidos marinos que abordaron en Cádiz, pues si bien su territorio estaba habitado á su llegada, debian ser pueblos nómadas, casi salvajes, ignorantes—como los moradores de regiones descubiertas posteriormente—sin idea de Dios, y libres de todo cuidado respecto de la industria y el bienestar. Su vida debia ser animal, de conservacion, imperando la fuerza bruta: el hombre dominaria en los animales por los medios naturales que Dios ha puesto en su mano para sujetarles, y la razon estaria avasallada.

FAUSTINO BASTÚS.



## LA VIDA Y LA MUERTE.

Soneto.

Vida ¿ á qué te amo así si he de perderte?  
 ¿Qué eres tú para el hombre sino un sueño?  
 ¿Soy yo de nada en este valle dueño  
 Que no haya de dejar cuando despierte?  
 ¿Debí un día sin penas á la suerte?  
 ¿Es aun dichoso el que la vé sin ceño?  
 ¿Qué hay en la amarga vida de halagüeño,  
 Ni qué tan espantoso hay en la muerte?  
 ¡Qué he visto y qué veré sobre la tierra!...  
 Triunfante el vicio, la virtud vencida,  
 Y al alma siempre y la pasion en guerra.  
 Si no suena sin llanto una hora en vida,  
 ¿A qué la muerte, corazon, te aterra  
 Que al justo lleva á dó la dicha anida?

EL BARON DE ANDILLA.

## GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES.

## OVIDIO.

Publio Ovidio Naso, nació en Sulmona, de una familia ilustre, el año 43 antes de Jesucristo.

Sus padres, que le destinaban al foro, penetrados de su rara inteligencia, enviáronle á Atenas á estudiar el griego; pero apercibidos, aunque tarde, de su inclinacion á la poesia y temerosos de que esta inclinacion fuera un obstáculo para lo porvenir, de Grecia le trasladaron á Roma, encomendándole al célebre orador Messala, que no pudo apartarle, no obstante los desesperados esfuerzos que para ello hizo, del camino que le habia señalado el cielo y que recorrió con tan rara fortuna y gloria. Habia nacido poeta, é involuntariamente hacia versos cuando se proponia hacer prosa, como lo demuestran sus primeros discursos, en los que se hallan párrafos, no solo altamente poéticos, sino hasta rimados.

Dueño de su fortuna y de su albedrío por muerte de sus padres, entregóse de lleno al



culto de las musas: su imaginacion fresca y brillante, como el cielo de su patria, y su facilidad y pureza de estilo, colocáronle en breve tiempo á la altura de las mas privilegiadas inteligencias de Roma, en bellas artes y ciencias. Augusto le recibió en su córte, ensalzó sus obras y le nombró decenviro (1).

Pero habiendo caído en desgracia en la córte, que el favor de los príncipes es nube que disipa el viento, relámpago que brilla y se apaga en un punto, fué desterrado á Tomes, en la Scitia europea; los escritores antiguos y modernos difieren en la causa de este destierro; le atribuyen á un error, que no citan. Lo que parece probado es que sirvió de pretexto á su espatriacion su poema titulado *El Arte de hacerse amar*, obra peligrosa por inmoral.

Relegado á una region envuelta en las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie, cuya lengua no conocia, apoderóse de su espíritu honda tristeza, como elocuentemente lo atestigua su obra titulada *Tristes*. Cincuenta años contaba entonces.

La esperanza de que le fuesen abiertas las puertas de Roma y de su hogar, puso en sus manos la lira de la lisonja y del servilismo, y cantó á Augusto, y despues de muerto le erigió un altar en el que todos los dias quemaba incienso. Tiberio, sucesor de Augusto, á quien tambien cantó para colmo de envilecimiento, cerró á sus quejas y súplicas, como Augusto, el corazon y los oídos.

A los diez años de destierro, herido, mas que por el tiempo, por el dolor, murió el poeta sin ventura, y sus cenizas fueron conducidas á Roma y colocadas en un sepulcro, en cuya losa se grabó un epitafio compuesto por él mismo.

Su obra mas notable es la titulada *Metamorfosis*, traducida al francés, en prosa, por el abate Banier, y en verso, por Mr. Desaintange.

A ella debe la envidiable honra de participar de la gloriosa fama clásica de Horacio y de Virgilio, sus contemporáneos y amigos.

E. HERNANDEZ.

[1] Magistrados cuya mision no era otra que dar á la república leyes escritas.

## EL PAN NUESTRO.

[Imitacion de Mr. de Ratisbonne.]

—Niño, que vas á llevar!...

¿Qué palabritas son esas

Que de tu cosecha pones

Cuando el Padre-nuestro rezas?

—Mamá, como sabes tú

Que el pan no me gusta á secas,

Añado al «dánosle hoy:»—

«Untadito con manteca.»

## LOS MURCIÉLAGOS.

Los pájaros estaban en guerra con los cuadrúpedos, siendo unas veces vencidos y otras vencedores. Los murciélagos esperaban siempre el fin de las batallas para colocarse al lado del vencedor. Entre los pájaros decían que eran pájaros, y entre los cuadrúpedos que eran ratones. Pero al fin vinieron ambos partidos á un amigable convenio. Descubierta entonces la falsedad de los murciélagos, fueron despreciados y rechazados por las dos partes. Por lo que tienen que huir de la luz y revolotear solitarios en la oscuridad de la noche.

## AGESILAO COMO PADRE.

El rey de Esparta, Agesilao, que se hizo célebre por sus muchas expediciones militares, era al mismo tiempo un buen padre, y tenia un verdadero placer en jugar con sus hijos dentro de su casa. Estaba una vez dando vueltas alrededor del cuarto montado en un palo que le servia de caballo, cuando entró uno de sus amigos y se llenó de admiracion viendo al rey convertido en un niño.—Querido amigo—le dijo Agesilao—no cuentes á nadie lo que estás viendo hasta que tú mismo seas tambien padre.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.